

Atahualpa Yupanqui

## El Rezo del Canto

Por JORGE BOCCANERA

NO HACE MUCHO tiempo, durante una corta estada de mi padre en México entramos juntos a un comercio. El siempre parlatón, entabló de inmediato un diálogo con uno de los empleados, mientras elegía entre un racimo de chamarras. Antes de despedirnos, ya con su chamarra de estreno en sus espaldas, mi padre inquirió al vendedor: ¿le gusta el tango?, para enumerar a continuación una lista de sus músicos preferidos. La respuesta no se hizo esperar: conozco a Yupanqui.

La respuesta de ese señor no hacía más que corroborar una obviedad que mi padre desconocía. Atahualpa es el poeta-cantor-guitarrero-payador-viajero que ha traspasado las fronteras de su país para instalarse en el sentir popular de los latinoamericanos.

NO VAMOS A entrar aquí en disgregaciones confusas de quienes suelen cuestionar que el cantor citado viva en París, o que se ha comercializado y aburguesado, etc., etc. Personalmente creo que la valía del trabajo de años de este artista nacido en la ciudad de Pergamino, radica en su sensibilidad para ordenar una fraseología popular que tiene que ver con circunstancias íntimas del ser, pero de un ser social, ubicado en un marco de injusticia y falsedad. Y ese canto destaca siempre las virtudes del hombre, en su solidaridad, en su amor, en su lucha. Los que siempre piden más, los que le buscan el pelo a la sopa, quisieran ver a Yupanqui vestido de gaucho atrás de una tranquera, comiendo asado y gritando consignas. Pero al hombre, al artista, hay que humanizarlo, darle un margen de error, aunque nos alcance la indignación por este payador perseguido que a ratos pareciera payador arrepentido.

A Yupanqui hay que buscarlo en sus milongas, en sus zambas, en sus tonadas, para vislumbrar esa altura de gran artista que pocos —quizá sólo él y la inigualable Violeta Parra— han alcanzado en nuestro continente.

EN UNO DE LOS últimos números de la revista *El Expreso Imaginario*, publicada en Argentina, hay un sabroso reportaje al maestro Yupanqui al que no pudimos resistirnos. Así, mientras algunos periodistas buscan para sus entrevistas al eterno perseguidor del Nobel de literatura en espera de reflexiones explosivas y contradictorias; otros, como los de esta excelente revista musical, van al encuentro de Yupanqui, el hombre solidario cuyo repeto máximo es para con su semejante.

YUPANQUI, TRAS relatar sus comienzos, destaca el valor de las canciones populares frente a las melosas baladas que escupe por kilo la cultura de masas. "A esos cantores que no habían estudiado y a lo mejor ni siquiera tenían buena voz (...) les salva el tema, y el paisaje. Los salva la verdad que ponen en sus versos. Y el pudor del hombre de campo. Por eso los que cantan demasiado al amor están mintiendo. Porque están mancillando un territorio donde debe imperar el pudor y la discreción. (...) El paisano a lo mejor no nombró nunca una novia, un amor. En algún momento, en un estilito dice: ¡Ay! que me muero, ¡Ay! que me muero por una que se llama... ya ni me acuerdo!" Más adelante agrega "Yo le he preguntado a la gente: ¿ganas mucho escuchando esa música que habla sólo de amor? (...) y siempre contestan... uno escucha. Pero la verdad, a las dos cuerdas no se acuerda más".

DON ATA AFIRMA ahora que se está perdiendo el paisaje: "Sí, hay que tener mucho cuidado, porque nos va a pasar lo que le sucedió a aquel niño inglés al que le preguntaron de dónde venían las manzanas y contestó: de una frutera de cristal".

Así, el autor de temas tan populares como *El Alazán*, *El Arriero*, *Viene Clareando*, *Los Ejes de mi Carreta* y tantos otros que tararea el pueblo, esboza un itinerario de su vida, sus actuaciones de "Rezar es orar, pero quien canta ora dos veces", definiendo así su respeto al oficio del canto.

FINALMENTE SE larga a explicar la interinfluencia entre el paisaje y el hombre, relación que da como resultado diversas entonaciones, sonidos, ritmos. Transcribo textualmente casi toda esta parte, porque no tiene desperdicio:

"El hombre que vive en la piedra habla la lengua quechua, que es un idioma granítico, un idioma de ángulos, como los ponchos incaicos. Por eso no tiene medios tonos la quechua, son todos tonos enteros. Es la escala pentatónica. En cambio los árabes que viven en la arena, en las dunas, que es un paisaje lleno de sensualidad, es la vibora que va reptando. El guaraní le habla de la selva. Los ríos de la selva son hilitos de agua que viborean hasta que, entre muchos, forman un gran río. Y los hilitos de agua que corren por la tierra del Huarán, de donde sale el guaraní, forman esos laberintos. El guaraní es igual a la voz de esas aguas, que no llegan a cantar alto porque corren suavemente. Es bien distinto a la dura geometría incaica. Lenguaje de piedra y lenguaje de selva.

La geografía, el paisaje, aconsejan: La pampa no tiene montañas, no tiene accidentes. Un hombre a caballo domina todo el paisaje. Por eso el habitante de la pampa es menos supersticioso que el indio del norte. Porque él ve salir y ponerse el sol. Ve salir y meterse la luna. Va galopando en los grandes espacios planos. No tiene misterios, no tiene miedos. Alguna luz mala, puede ser, pero un hombre a caballo domina el paisaje. En cambio, la montaña, la primera piedra le cortó los horizontes. El indio ve el sol cuando pasa la montaña, a las diez de la mañana. Tiene luz diurna, pero el sol no llega hasta la media mañana. A las cinco de la tarde el sol ya se escondió detrás de la montaña. Y empiezan a extenderse las sombras. Y el indio se pregunta: ¿A dónde fue el sol? ¿Qué hay detrás de la montaña?"